

los otros funcionarios como de los demás súbditos, es decir, que el visir abusaba de su posición y encubría con el nombre del soberano un desgobierno espantoso. «El que escucha cree,» dice en este punto muy cuerdamente el historiador persa, y Melik se dejó seducir. Envió al anciano servidor de su padre y suyo, por conducto de algunos cortesanos, un escrito, en el cual le decía que él era el amo y el visir el criado, y le intimaba que cortase los abusos de que se le acusaba. El visir se indignó al verse tratado con semejante rudeza por un príncipe que le debía el imperio y sus mayores triunfos, y dando rienda suelta á su indignación en presencia de los mensajeros, concluyó diciendo: «Su corona está ligada de una manera indisoluble á mi escribanía; si cierto ésta, desaparece aquella.» Esta expresión nada cortesana exacerbó, como puede pensarse, la ira de Melik (1). Resolvió no proceder oficialmente contra el visir, por ser sus méritos tan universalmente conocidos y tan grande la consideración en que se le tenía, pero en secreto se tomaron disposiciones á fin de desembarazar para siempre á la corte del molesto anciano. En el Ramadan del año 485 se puso la corte en camino para Bagdad y el 10 del mismo mes (14 de octubre de 1092) sucumbió el visir en el campamento cerca de Nihavend bajo el puñal de un asesino disfrazado de pretendiente (2). Turkan Jatun y su secretario Abu'l-Ganaim, el instrumento principal de los proyectos ambiciosos de Turkan, triunfaban. Abu'l-Ganaim fué nombrado visir con el título honorífico de Tadsch El-Mulk (corona del imperio); pero al poco tiempo de haber llegado la corte á Bagdad cayó enfermo el sultán, según dicen los cronistas de una fiebre violenta, y en la noche del 16 de Schawwal de 485 (18-19 de noviembre de 1092) siguió á su gran ministro al sepulcro.

Debemos explicar la situación en que se hallaban las provincias y la corte cuando de un golpe perdieron á su soberano ilustre y consciente de su posición poderosa, y á su visir, práctico y enérgico, porque en esta situación se halla la clave de todo lo que vino después. El poder del difunto sultán se había extendido desde su capital Ispahan sobre la Media, el Chusistan y el Irak, cuyos emires, exceptuando los Benu-Masyad, ribereños del Eufrates, y el califa de Bagdad, que gozaban de cierta independencia, se hallaban todos enteramente bajo la influencia del gobierno. El Kirman, y quizás también el Farsistan, estaban bajo el dominio de Turan, hijo de Kawurd y de consiguiente primo de Melik, y que si bien era casi del todo independiente, procedía de acuerdo con el gobierno central. El Este del imperio estaba gobernado por un gran número de lugartenientes ó gobernadores, entre los cuales

(1) Esta exclamación y las demás circunstancias que acompañaron el fin de Nisam El-Mulk son narradas de diferente manera por los historiadores. Yo sigo á Ibn El-Athir (X, págs. 138 y siguientes) como el autor más antiguo.

(2) A juzgar por la relación que hace Ibn El-Athir de este suceso (X, pág. 139), puede sospecharse que Melik fué cómplice del crimen, porque este autor parece expresarse adrede con vaguedad cuando dice: «A consecuencia de esto, pereció víctima de disposiciones (secretas),» para no echar sobre el sultán, á quien tanto alaba, una mancha tan ignominiosa. Es de presumir que jamás será esclarecido el misterio que envuelve la muerte de Nisam y de Melik. Lo que no admite duda es que el asesinato del visir era ismaelita y como tal agente de Hasan Ibn Sabaj de Alamut. Por otra parte, es también evidente que la sultana Turkan Jatun y su confidente Tadsch El-Mulk tenían interés en la muerte del visir, y tanto la sultana como su secretario eran muy capaces de estar en relaciones secretas con el enemigo mortal de su enemigo. No podemos decir si eran también capaces de complicidad en un envenenamiento de Melik, que muy bien podía haber sido causa de su muerte, atendidas la singular coincidencia con la muerte del visir, las amenazas proferidas muchos años antes por Hasan Ibn Sabaj y el odio que desde mucho tiempo profesaba Móktdi, el califa de Bagdad, á Melik.

merece nuestra atención especial Anuschteguin (3), á cuyo cargo estaba el Khwarism y que fué fundador de una dinastía. Además de todos estos príncipes, magnates y altos funcionarios, figuraba entonces ya en primera línea el jefe de los ismaelitas asesinos, en su castillo de Alamut, cual otro príncipe. El Aderbidyan, la Mesopotamia y la Armenia estaban divididas en un gran número de distritos administrativos, de extensión ya pequeña, ya grande, que gozaban de cierta autonomía. La división prevalecía aun en mayor escala en los territorios más occidentales, en el Asia Menor, donde los emires, á la muerte de Suleiman, el hijo de Kutulmisch, cuyos hijos fueron llevados á la corte de Melik, habían formado unos cuantos Estados, entre los cuales el más notable era el de Nicea, cuyo emir se llamaba Abu'l-Khasim, á quien solo conocemos por los autores bizantinos (4). Después venían las comarcas situadas entre la Armenia y el Halps, con Siwas, la Sebaste de los griegos, por capital. El emir de este Estado se llamaba Gumuschteguin con el sobrenombre de Ibn Danischmed (ó sea, el hijo del maestro de escuela) (5). Los lazos que unían á estos dos emires con el soberano de Ispahan eran flojísimos. En cambio estaba sólidamente reconocida la autoridad del sultán en la Siria, donde gobernaba su hermano Tutusch, con residencia en Damasco, y Ortok era subgobernador en Jerusalén. Alepo tenía por emir á Ak-Sonkor, Antioquía á Yagy Basan (6), y en otras ciudades principales de Mesopotamia residían otros emires. Melik y su visir Nisam El-Mulk habían tenido á todos ellos en estricto vasallaje desde que el mismo sultán había organizado estos países, y repetidas veces el mismo hermano del soberano tuvo que presentarse en la corte para dar muestras de vasallo obediente; mas todos eran turcos, y el carácter naturalmente indómito de esta raza no se había dulcificado sensiblemente en los cincuenta años que habían pasado desde la conquista del Corasan por Togril y Chakir. Solo en casos raros existían verdadera fidelidad y afecto á la dinastía, la cual no podía contar más que con la obediencia de estos magnates de su vasto imperio, encargados del mando de las provincias más distantes, y eso mientras el gobierno central pudiera imponerles el respeto con mano fuerte y mientras hubiera unión perfecta entre los miembros de la dinastía seldyucida. Ahora bien, ya hemos visto que esta unión desde el principio había sido ilusoria. Si á las discordias entre tíos y hermanos rebeldes llegaban á añadirse graves contiendas de sucesión al trono entre ambiciosas madres de hijos menores, era evidente que se desmembraría todo el imperio, desmenuzándose en un torbellino de átomos que no habría ya medio alguno de reunir otra vez en un solo Estado. La religión, que podía haber sido el lazo de unión, no bastaba ya, como lo prueba el hecho de que el desgraciado califa de Bagdad tuvo que reconocer sucesivamente, desde noviembre del año 1099 hasta mayo de 1100 (entre Zul-hidscha de 492 y Redscheb de 493), hasta tres sultanes, según se lo exigían ora las tropas de Barkiyarok, ora las de Mohammed. Si los emires estaban

(3) No se sabe si fué Anuschteguin ó su hijo el primer gobernador de Khwarism de esta familia. El hijo, Mohammed, fué nombrado gobernador de Khwarism en 490 (1097).

(4) Véase la historia de éstos por Hertzberg.

(5) Su padre había sido maestro antes de dedicarse á la carrera de las armas. Era turco, y la dinastía que fundó se llama de los danischmeridas.

(6) No Bagi Sijan, como se encuentra escrito en la mayor parte de los textos originales, y también en la *Historia de las Cruzadas* que forma parte de esta obra. Véase Karabacek en la *Zeitschr. der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, tomo 31 (1877), pág. 153; y también la nota de la pág. 457 del tomo 1.º, serie V, del *Journal asiatique*, que expresa una duda de Defrémery que ya no tiene razón de ser.

siempre prontos á cambiar á cualquier instante de partido, según su capricho ó interés, ¿por qué no habían de imitarles los jefes inferiores y los soldados? En efecto, aquellos turcos impetuosos, que habían conquistado medio mundo y que continuaban siendo para los cristianos guerreros temibles por su valor, abandonaban cuando les convenía á su partido en medio de una batalla y emprendían la fuga, prefiriendo vivir sobre el país, cuyos habitantes apenas habían comenzado á saborear las bendiciones de la paz y del orden. Habiendo desaparecido toda disciplina, no hay palabras para expresar las atrocidades que aquella soldadesca salvaje perpetraba en las ciudades y en el país abierto; era una repetición de los horrores cometidos por los gusos y turcos en la época de la conquista, porque esta raza se había civilizado muy poco en las tres generaciones que habían transcurrido, según se infiere de algunos datos de los cronistas. Contra semejante desorganización general, en que se arman provincias contra provincias y hasta ciudades contra ciudades; en que después de una batalla el ejército victorioso se pronunciaba en fuga el mismo día, y en que después de una derrota decisiva el súbito capricho de un emir volvía á hacer al sultán derrotado más poderoso que lo era su rival triunfante; contra semejante desorganización, decimos, solo había un medio: un jefe que supiese imponerse, hacerse respetar y hacer entrar á todos los átomos sueltos en un conglomerado sólido. Jefes de esta clase vinieron, pero después de la muerte de Melik jamás volvieron los seldyucidas á dominar al mismo tiempo todo el país desde el Oxo hasta el interior de la Siria. Por lo pronto, pasaron algunos decenios antes de que un jefe semejante apareciera, y los que tuvieron la presunción de hacerse con la herencia de Togril y de Alp Arslan eran cuatro niños de cinco á catorce años, las madres de estos, una de ellas varonil, pero no hombre, y alrededor de madres é hijos una turba de empleados y jefes de ejército ambiciosos, amigos de la guerra, viciosos y todos ineptos. En medio de esta confusión, el terrible jefe de los ismaelitas asesinos, no obstante ser casi octogenario, estaba todavía como treinta años antes en acecho en su nido de águila é inutilizaba con precisión espantosa por medio de sus fidawis todo rayo de esperanza que el hado benéfico dejaba brillar. Aquel hombre y sus sucesores tuvieron en los destinos del Oriente una influencia mayor y más fatal que la invasión de los cruzados, que casi al mismo tiempo llevó la confusión á los países occidentales del mahometismo, pero que á pesar de todo el mal que hizo no pasó de ser una simple diversion contra el Islam.

La importancia grandísima que las cruzadas tuvieron para el desarrollo político é intelectual de los Estados y pueblos del Occidente y para su civilización, no implica una importancia igual para el Oriente mahometano. Lo que para nosotros es el principio de una Era histórica, es para el Islam solo una complicación ocurrida en el curso de su descomposición interior, complicación reducida á una guerra fronteriza lenta, que si bien causó grandes pérdidas no influyó directamente para nada en la política interior, ni mucho menos en la civilización ni en la religión del mundo mahometano.

Desde los primeros tiempos de los califas había habido lucha con los cristianos y últimamente los mahometanos les habían arrebatado grandes territorios, como el Asia Menor, parte de la Mesopotamia y la tan disputadísima Antioquía; pero á la sazón fué forzoso volver á abandonarles por bastante tiempo esta última ciudad, con Edesa y la región marítima del Egipto. Esto en el fondo habría cambiado poco el equilibrio territorial mientras se conservara el Asia Menor, pero los francos, que á la sazón reemplazaban á los bizantinos, se empeñaron en apoderarse de Jerusalén, ciudad

santa no solamente para los cristianos sino también para los mahometanos, y estos de ninguna manera podían consentirlo. Para el Occidente las cruzadas son una serie de empresas que removieron las poblaciones de todos los países cristianos hasta sus capas más profundas, pero entre los mahometanos estas empresas, que conmovieron las regiones directamente interesadas del Asia Menor, de la Mesopotamia, de la Siria y del Egipto, apenas se dejaron sentir sino accidentalmente en el Irak persa y árabe y en la siempre fanática ciudad de Bagdad. Aun en los territorios directamente interesados, los emires, deseosos ante todo de emanciparse de la influencia del gobierno central, no procedieron impulsados por motivos comunes de raza y religión. Abu Kasim, el soberano de Nicea, entró en tratos con los bizantinos para robustecer su independencia frente de Melik, y los príncipes de la Siria desde el año 502 (1108) buscaron la alianza de los francos en sus guerras interiores (1). Verdades es que los caballeros cristianos procedían de la misma manera, pero mientras estos se vieron siempre forzados á unirse en frente de los ataques de los mahometanos, pasó muchísimo tiempo antes que estos se unieran en pro de la causa común. Si á lo menos los pequeños soberanos de la Siria y de la Mesopotamia hubieran reunido sus fuerzas, probablemente habrían arrojado como con un soplo á los cristianos de aquellos países en los primeros veinte años después de la ocupación de Jerusalén y antes de la fundación de las órdenes de caballería. A pesar de todo, los cruzados jamás llegaron á posesionarse ni siquiera de Damasco ni de Alepo, ocupando solo una estrecha faja marítima de Siria y el condado de Edesa. Por tanto, las guerras de los cruzados en los países más occidentales del imperio no podían ejercer ninguna influencia en los países principales gobernados por los seldyucidas. Toda la influencia que estas guerras ejercieron en la marcha interior del imperio consistió en que impidieron á los emires de la Siria, que pelearon con los cruzados, tomar parte en las guerras de sucesión que conmovieron la Persia, y en que estas guerras interiores impidieron á su vez el restablecimiento total del poder seldyucida, que en tal caso habría expulsado á los cristianos de la Tierra Santa. En el Asia Menor las cruzadas produjeron un efecto contrario, porque allí fueron causa, por la tirantez entre el gobierno bizantino y los caballeros francos (2), de que se salvaran los peligrosísimos puestos avanzados de los seldyucidas y danischménidas, con lo cual se produjeron para la cristiandad perjuicios tan trascendentales que ni remotamente los habría compensado jamás la posesión de Jerusalén, porque desde aquellos puestos avanzados los turcos conquistaron después á Constantinopla.

Cuando se piensa cuán admirables debían de ser para el mundo, en su tiempo, la habilidad diplomática y los triunfos políticos del emperador Alejo Comneno, y que cabalmente estos triunfos y esta habilidad condujeron á la destrucción final del imperio bizantino, no se puede menos de convenir en que la sabiduría y astucia humanas entran por muy poco en la marcha de la historia de la humanidad.

Describiremos ahora á grandes rasgos los sucesos históricos ocurridos en el transcurso del siglo inmediato en los países mahometanos.

La línea principal de la dinastía seldyucida, representada por los descendientes de Melik, se mantuvo en el centro y Este del imperio con fuerza creciente. Las contiendas de sucesión y las guerras intestinas impidieron la concen-

(1) *Historia de las Cruzadas*, por Kugler, de esta misma obra.

(2) Véanse la *Historia de las Cruzadas* y la *de los bizantinos*, de esta obra.